Nicolas Barreau

París es siempre una buena idea

Traducción de Carmen Bas Álvarez

Planeta

1

Rosalie adoraba el color azul. Había sido así desde que podía pensar. Y de eso hacía ya veintiocho años.

Aquel día, como hacía cada mañana cuando a las once abría su pequeña tienda de postales, levantó la mirada confiando en descubrir un pedacito azul en el cielo gris de París. Lo encontró y sonrió.

Uno de los primeros y más bonitos recuerdos que Rosalie Laurent tenía de su infancia era un cielo de agosto increíblemente azul sobre un mar color turquesa bañado de luz que parecía extenderse hasta el fin del mundo. Entonces ella tenía siete años y sus padres habían abandonado el caluroso París, con sus casas y sus calles empedradas, para dirigirse junto con su hija pequeña a la Costa Azul. Ese mismo año, cuando, tras ese luminoso verano en Les Issambres que no parecía querer tener fin, regresaron de nuevo a casa, la tía Paulette le regaló una caja de acuarelas. También de eso se acordaba perfectamente Rosalie. «¿Acuarelas? ¿No es un poquito exagerado, Paulette? —había preguntado Cathérine, y su delicada voz aguda había adquirido un evidente tono de reproche—. ¿Una caja de pinturas tan cara para una niña tan pequeña? No puede hacer nada con ella. Mejor la guardamos durante un tiempo, ¿no te parece, Rosalie?» Pero a Rosalie no le parecía bien renunciar al valioso regalo de su tía. Se puso hecha una fiera y abrazó la caja de pinturas como si estuviera

defendiendo su propia vida. Al final, su madre suspiró nerviosa y permitió que la caprichosa niña de las largas trenzas castañas se saliera con la suya.

Aquella tarde Rosalie pasó varias horas pintando con total dedicación, pincel y acuarelas en mano, hoja tras hoja, hasta que el cuaderno de pintura estuvo lleno y los tres botecitos de color azul que incluía la caja casi vacíos.

Tanto si se debía a esa primera mirada sobre el mar que se había grabado en la retina de la pequeña niña como una metáfora de la felicidad, o a su temprana y marcada voluntad de hacer las cosas de forma diferente de los demás, el caso era que el color azul fascinaba a Rosalie más que ningún otro. Descubrió con asombro toda la paleta de ese color, y su curiosidad infantil resultaba difícil de contener. «Y ¿cómo se llama éste?», preguntaba una y otra vez tirándole de la manga de la chaqueta (naturalmente, azul) a su padre, una persona muy bondadosa y paciente, y señalando con el dedo todo lo azul que encontraba. Se pasaba horas delante del espejo pensativa, con la frente arrugada, estudiando el color de sus ojos, que a simple vista parecían marrones, pero que cuando se observaban durante más tiempo y con detenimiento se apreciaba que eran de un profundo azul oscuro. Eso era, al menos, lo que le decía Émile, su padre, y Rosalie asentía con alivio.

Ya antes de saber leer y escribir correctamente, conocía los más diversos tonos de azul por su nombre. Desde el más claro, el delicado azul seda, el azul celeste, el azul grisáceo, el azul hielo, el azul plomizo o el cristalino azul aguamarina que hacía volar el espíritu, hasta el contundente, enérgico y brillante azur que casi dejaba sin aliento. Luego estaban el indomable azul ultramar, el más alegre azul aciano o el frío azul cobalto, el grisáceo azul petróleo, que encerraba dentro de sí los colores del mar, o el misterioso azul índigo, que casi rozaba el violeta, hasta un profundo azul zafiro, el azul medianoche o el casi negro azul

noche, en el que el azul por fin desaparecía... Para Rosalie no existía ningún otro color tan rico, tan maravilloso y diverso como aquél. Aunque entonces jamás habría imaginado que algún día sería protagonista de una historia en la que un tigre azul iba a desempeñar un importante papel. Y aún menos podría haber adivinado que esa historia (y el secreto que escondía) transformaría su vida por completo.

¿Casualidad? ¿Destino? Se dice que la infancia es el suelo por el que avanzamos toda nuestra vida.

Más tarde Rosalie se preguntaría, a menudo, si no habría sido todo de otra manera si a ella no la hubiera fascinado tanto el color azul. Casi se estremecía al pensar con qué facilidad podría haber dejado pasar el momento más feliz de su existencia. A veces la vida es complicada e imprevisible pero, al final, sorprendentemente, todo tiene un sentido.

Cuando a los dieciocho años Rosalie anunció —su padre había muerto unos meses antes tras una larga pulmonía— que quería estudiar arte para ser pintora, del susto a su madre estuvo a punto de caérsele de las manos la quiche Lorraine que en ese momento llevaba hasta el comedor. «¡Santo cielo, hija, por favor, haz algo sensato!», exclamó maldiciendo para sus adentros a su hermana Paulette, que, como era evidente, era quien le había metido a la niña esas ideas en la cabeza.

Como es natural, jamás lo habría dicho en voz alta. Cathérine Laurent, que de nacimiento era una De Vallois (de lo que se sentía bastante orgullosa), era una dama de pies a cabeza. Por desgracia, la fortuna de la vieja familia nobiliaria se había reducido mucho en los últimos siglos, y la boda de Cathérine con el inteligente y adorable pero poco competitivo físico Émile Laurent, que acabó aterrizando en un instituto científico en vez de celebrar los esperados éxitos económicos, no mejoró mucho las cosas. Al final ya no quedaba dinero ni para disponer de un buen servicio..., a excepción de la asistenta filipina que apenas

sabía francés y que acudía dos veces a la semana para limpiar y quitar el polvo a la vieja mansión parisina de altos techos decorados con estuco y suelos de parquet en espiga. A pesar de todo, Cathérine no tenía ninguna duda de que uno tenía que mantener sus principios. Cuando ya no quedaban principios, todo se iba a pique, opinaba.

Una de sus frases favoritas era «¡Una De Vallois no hace algo así!» y, naturalmente, eso fue lo que le dijo aquella tarde a su única hija, que por desgracia parecía querer seguir un camino muy diferente del que su madre tenía previsto para ella.

Suspirando, Cathérine dejó la fuente de porcelana blanca con la apetitosa quiche sobre la gran mesa ovalada, preparada sólo para dos, y pensó una vez más que no conocía a nadie a quien le pegara tan poco el nombre de Rosalie.

Años atrás, durante el embarazo, había tenido ante sus ojos a una niña delicada, rubia como ella, discreta, tierna y, de algún modo..., encantadora. En cualquier caso, Rosalie no era nada de eso. Estaba claro que era inteligente, pero también muy obstinada. Tenía su propia cabeza y a veces podía guardar silencio durante horas, lo que no dejaba de sorprender a su madre. Cuando Rosalie se reía, se reía demasiado fuerte. Eso era poco elegante, incluso aunque hubiera quien asegurara que Rosalie tenía algo refrescante.

«Déjala, tiene un buen corazón», decía Émile cada vez que le daba un capricho a su hija. Como cuando, siendo una niña, arrastró en plena noche el colchón nuevo, con la carísima ropa de cama, hasta el balcón mojado para dormir al aire libre. *¡Porque quería ver cómo giraba la Tierra!* O cuando le preparó a su padre por su cumpleaños aquel horrible pastel azul con tanto colorante alimentario que parecía que uno iba a intoxicarse al primer mordisco. ¡Sólo porque tenía esa manía por el azul! Aquello era una exage-

ración, había opinado Cathérine, pero a Émile, naturalmente, le pareció genial y aseguró que era el mejor pastel que había probado en su vida. «¡Tenéis que probarlo todos!», exclamó, y repartió la masa azul en los platos de los invitados. ¡Ay, el bueno de Émile! No podía negarle nada a su niña.

¡Y ahora esa nueva idea!

Cathérine frunció el ceño y observó a la esbelta muchacha, ya crecida, de rostro pálido y cejas oscuras, que ahora jugueteaba ensimismada con su larga y despeinada coleta color castaño. «¡Quítate esa idea de la cabeza, Rosalie! La pintura es una profesión poco lucrativa. Yo no puedo ni quiero apoyarte en algo así. ¿De qué vas a vivir en el futuro? ¿Crees que la gente está esperando ansiosamente tus cuadros?» La chica siguió jugueteando con su coleta y no respondió.

Si Rosalie hubiera sido una Rosalie *encantadora*, seguro que Cathérine Laurent, de soltera De Vallois, no se habría preocupado mucho por el futuro de su hija. Al fin y al cabo, todavía quedaban en París suficientes hombres con una buena posición, y en esos casos daba igual si su mujer pintaba un poco o tenía caprichos. Pero Cathérine tenía la nada buena sensación de que su hija no pensaba en el estatus social. ¡Sabía Dios con quién acabaría al final!

—Me gustaría que hicieras algo razonable —dijo una vez más con firmeza—. Papá opinaría lo mismo. —Le puso a su hija un trozo de humeante quiche en el plato—. ¿Rosalie? ¿Me estás escuchando?

Ella levantó la mirada; sus oscuros ojos resultaban insondables.

—Sí, *maman*. Debo hacer algo razonable.

Y eso fue lo que hizo. Más o menos. Lo más razonable que pudo imaginar Rosalie fue, después de estudiar diseño

gráfico durante un par de semestres, abrir una tienda de postales. Era una tienda diminuta en la rue du Dragon, una preciosa callecita con casas medievales en pleno corazón de Saint-Germain, a tiro de piedra de las iglesias de Saint-Germain-des-Prés y Saint-Sulpice. En ella había algunas *boutiques*, restaurantes, cafés, un hotel, una *boulangerie*, la zapatería favorita de Rosalie, y hasta Victor Hugo había vivido allí, según señalaba una placa en la casa del número 30. Cuando se tenía prisa se podía recorrer la rue du Dragon en pocos pasos para llegar al concurrido boulevard Saint-Germain o (en sentido contrario) a la algo más tranquila rue de Grenelle, que llevaba hasta los elegantes edificios y palacios del distrito gubernamental y en algún momento desembocaba en el Campo de Marte y la torre Eiffel. Aunque, naturalmente, también se podía pasear con tranquiladad por la pequeña calle, deteniéndose cada poco al descubrir en un escaparate algo bonito que esperaba que alguien tomara en sus manos o se lo probara. En esos casos se podía tardar bastante en llegar al final de la calle. Así fue como Rosalie descubrió el cartel de «SE ALQUILA» en la tiendecita de antigüedades ya vacía cuya propietaria había dejado el negocio hacía poco por motivos de edad.

En general, se ve mucho más cuando se anda despacio.

Rosalie se enamoró al instante del pequeño local. Un marco de madera azul celeste rodeaba el escaparate y también la puerta, a su derecha, sobre la que todavía colgaba la anticuada campanilla de plata de la propietaria anterior. En el suelo de piedra blanco y negro la luz se descomponía en pequeños círculos. Aquel día de mayo, un cielo sin nubes cubría París, y a Rosalie le dio la sensación de que aquella pequeña tienda la estaba esperando justo a ella.

El alquiler no era precisamente bajo, pero parecía bastante razonable dada la buena localización, según le aseguró monsieur Picard, un corpulento hombre de cierta

edad con poco pelo y unos astutos ojillos marrones. Además, encima de la tienda había otra habitación, a la que se accedía por una estrecha escalera de caracol de madera, que contaba con un pequeño baño y una diminuta cocina.

—¡Dispone usted, además, de una vivienda, jajaja! —bromeó monsieur Picard, y su pequeña barriga tembló con la risa—. ¿Qué tipo de negocio tiene usted en mente, mademoiselle? Espero que no se trate de nada ruidoso o que huela mucho..., al fin y al cabo, yo vivo en este edificio.

—Una *papeterie* —respondió Rosalie—. Papel de regalo, papel de carta, lápices y tarjetas para ocasiones especiales.

—¡Ajá! Bien, bien. ¡Bueno, entonces, buena suerte! —Monsieur Picard parecía algo desconcertado—. Los turistas siempre compran postales de la torre Eiffel, ¿no?

—¿Una *tienda de postales*? —exclamó su madre a través del teléfono con incredulidad—. *Mon Dieu!* Mi pobre niña, ¿quién escribe todavía postales hoy en día?

—Yo misma, por mencionar a alguien —respondió Rosalie, y a continuación colgó sin más.

Cuatro semanas más tarde estaba subida a una escalera, delante de su tienda, fijando un cartel de madera pintada sobre la puerta de entrada.

«*LUNA LUNA*» decía en grandes letras cursivas y, debajo, más pequeño: «LAS TARJETAS DE ROSALIE».